

VIERNES DE CUENTACUENTOS

NARRADOS POR LA ALCALDESA JUANA M^a CARMONA

VIERNES DE CUENTACUENTOS - LA CENICIENTA (ROALD DAHL)

"¡Si ya nos la sabemos de memoria!",
diréis. Y, sin embargo, de esta historia
tenéis una versión falsificada,
rosada, tonta, cursi, azucarada,
que alguien con la mollera un poco rancia
consideró mejor para la infancia...

El lío se organiza en el momento
en que las Hermanastras de este cuento
se marchan a Palacio y la pequeña
se queda en la bodega a partir leña.
Allí, entre los ratones llora y grita,
golpea la pared, se desgañita:
"¡Quiero salir de aquí! ¡Malditas brujas!
¡¡Os arrancaré el moño por granujas!!".
Y así hasta que por fin asoma el Hada
por el encierro en el que está su ahijada.
"¿Qué puedo hacer por ti, Cenicienta?
¿Por qué gritas así? ¿Tan mala vida
te dan esas lechuzas?". "¡Frita estoy
porque ellas van al baile y yo no voy!".
La chica patatea furibunda:
"¡Pues yo también iré a esa fiesta inmunda!
¡Quiero un traje de noche, un paje, un coche,
zapatos de charol, sortija, broche,
pendientes de coral, pantys de seda
y aromas de París para que pueda
enamorar al Príncipe en seguida
con mi belleza fina y distinguida!".
Y dicho y hecho, al punto Cenicienta,
en menos tiempo del que aquí se cuenta,
se personó en Palacio, en plena disco,
dejando a sus rivales hechas cisco.

Con Cenicienta bailó el Príncipe rocks miles
tomándola en sus brazos varoniles
y ella se le abrazó con tal vigor
que allí perdió su Alteza su valor,
y mientras la miró no fue posible

que le dijera cosa inteligible.
Al dar las doce Cenya pensó: "Nena,
como no corras la hemos hecho buena",
y el Príncipe gritó: "¡No me abandones!",
mientras se le agarraba a los riñones,
y ella tirando y él hecho un pelmazo
hasta que el traje se hizo mil pedazos.
La pobre se escapó medio en camisa,
pero perdió un zapato con la prisa.
el Príncipe, embobado, lo tomó
y ante la Corte entera declaró:
"¡La dueña del pie que entre en el zapato
será mi dulce esposa, o yo me mato!".
Después, como era un poco despistado,
dejó en una bandeja el chanclo amado.
Una Hermanastra dijo: "¡Ésta es la mía!",
y, en vista de que nadie la veía,
pescó el zapato, lo tiró al retrete
y lo escamoteó en un periquete.
En su lugar, disimuladamente,
dejó su zapatilla maloliente.

En cuanto salió el Sol, salió su Alteza
por la ciudad con toda ligereza
en busca de la dueña de la prenda.
De casa en casa fue, de tienda en tienda,
e hicieron cola muchas damiselas
sin resultado. Aquella vil chinela,
incómoda, pestífera y chotuna,
no le sentaba bien a dama alguna.
Así hasta que fue el turno de la casa
de Cenicienta... "¡Pasa, Alteza, pasa!",
dijeron las perversas Hermanastras
y, tras guiñar un ojo a la Madrastra,
se puso la de más cara de cerdo
su propia zapatilla en el pie izquierdo.
El Príncipe dio un grito, horrorizado,
pero ella gritó más: "¡Ha entrado! ¡Ha entrado!
¡Seré tu dulce esposa!". "¡Un cuerno frito!".
"¡Has dado tu palabra. Principito,
precioso mío!". "¿Sí? -rugió su Alteza.
--¡Ordeno que le corten la cabeza!".
Se la cortaron de un único tajo
y el Príncipe se dijo: "Buen trabajo.
Así no está tan fea". De inmediato
gritó la otra Hermanastra: "¡Mi zapato!

¡Dejad que me lo pruebe!". "¡Prueba esto!",
bramó su Alteza Real con muy mal gesto
y, echando mano de su real espada,
la descocó de una estocada;
cayó la cabezota en la moqueta,
dio un par de botes y se quedó
quieta...

En la cocina Cenicienta estaba
quitándoles las vainas a unas habas
cuando escuchó los botes, -pam, pam, pam-
del coco de su hermana en el zaguán,
así que se asomó desde la puerta
y preguntó: "¿Tan pronto y ya despierta?".
El Príncipe dio un salto: "¡Otro melón!",
y a Cenya le dio un vuelco el corazón.
"¡Caray! -pensó-. ¡Qué bárbara es su alteza!
con ese yo me juego la cabeza...
¡Pero si está completamente loco!".
Y cuando gritó el Príncipe: "¡Ese coco!
¡Cortádselo ahora mismo!", en la cocina
brilló la vara del Hada Madrina.
"¡Pídeme lo que quieras, Cenicienta,
que tus deseos corren de mi cuenta!".
"¡Hada Madrina, -suplicó la ahijada-,
no quiero ya ni príncipes ni nada
que pueda parecéseles! Ya he sido
Princesa por un día. Ahora te pido
quizá algo más difícil e infrecuente:
un compañero honrado y buena gente.
¿Podrás encontrar uno para mí,
Madrina amada? Yo lo quiero así...".

Y en menos tiempo del que aquí se cuenta
se descubrió de pronto Cenicienta
a salvo de su Príncipe y casada
con un señor que hacía mermelada.
Y, como fueron ambos muy felices,
nos dieron con el tarro en las narices.

FIN



1 - ROJO / 2 - AMARILLO / 3 - AZUL / 4 - MARRÓN / 5 - VERDE / 6 - NARANJA / 7 - VIOLETA / 8 - NEGRO
VIERNES DE CUENTACUENTOS - LA CENICIENTA

2 VIERNES DE CUENTACUENTOS - LA ISLA DE LOS SENTIMIENTOS

(JORGE BUCAY)

Érase una vez una isla donde vivían todos los sentimientos; la Alegría, la Tristeza, la Avaricia, la Valentía, el Humor y muchos más, incluyendo el Amor. Pero un día les fue avisado a sus moradores que la montaña de la isla había explotado convirtiéndose en un volcán y la isla se iba a hundir... Debían buscar un nuevo hogar y de prisa.

Todos los sentimientos se apresuraron a abandonarla. Abordaron sus barcos y se prepararon a partir rápidamente. Solo el Amor permaneció en ella; quería estar un rato más con la isla que tanto amaba, antes que desapareciera.

Finalmente se dio cuenta de que era el único que quedaba en la isla y como ya no quedaban barcos, se lanzó al agua y comenzó a nadar. Con el agua al cuello y casi ahogado, el Amor comenzó a pedir ayuda...

Se acercó a la Avaricia que pasaba en un lujoso yate y el amor dijo -
¡Avaricia, llévame contigo!

La Avaricia contestó - No puedo, hay mucho oro y plata en mi barco, no tengo espacio para ti... Tendría que tirar parte de mis riquezas la borda para hacerte un hueco. ¿Me pagarías por ello?

- No tengo dinero, voy con lo puesto - Contentó el Amor.

- Pues yo no hago sacrificios económicos por amor al arte; necesito una recompensa a cambio. Lo siento, no puedo ayudarte. - Dijo la Avaricia.

A lo lejos pasó el barco del Humor. Seguro que se acordó de un antiguo chiste e iba riéndose a carcajadas, él solo. El Amor no lo llamó siquiera; con todo esto de perder su hogar no tenía hoy ganas de cachondeo.

Le pidió ayuda a la Vanidad, que también venía pasando con su bonito barco:

- Vanidad, por favor ayúdame. Estoy con el agua al cuello y nado bastante mal, la verdad.

- Imposible Amor. ¡Mírate, estás hecho un asco! Si dejara que subieras aquí, tan mojado, podrías arruinar mi barco nuevo. Su suelo de terciopelo es muy delicado. Míralo si quieres y contempla su belleza, pero no lo te acerques a menos de 5 metros.

Pasó la Soberbia que, al oír los lamentos del Amor, contestó sin mirar siquiera:

- Quítate de mi camino o te paso por encima. Hay gente que siempre anda estorbando donde quiera que va. Como si ahogarse le diera derecho a molestar a los demás... ¡No hay derecho!

Como pudo, el Amor se acercó al barco del Orgullo y una vez más solicitó ayuda. El Orgullo ni siquiera habló, no iba a malgastar sus palabras en responder al Amor. Solo lo miró por encima del hombro y aceleró el motor de su barco, haciendo que una ola casi asfixie al Amor.

Pobre Amor.

Entonces, el Amor vio a lo lejos el barco de color gris de la Tristeza y comenzó a nadar hacia allí. En la isla, su antiguo hogar, el Amor había jugado alguna que otra vez con la Tristeza y, aunque era un poco aburrida, siempre podía contar con ella en los malos momentos:

- Tristeza, ¿me dejas ir contigo? - le dijo cuando se acercó al barco.
-¡Ay Amor! No es un buen momento para que estemos juntos. Con todo esto de perder nuestra isla estoy más triste que de costumbre y prefiero buscar a mi mejor amiga, la Soledad. Debe andar por ahí y seguro que me entiende mejor que nadie. Otro día será, Amor.

Justo en ese momento pasó una moto de agua, rápida como una bala de cañón. Era el medio de transporte de la Alegría, una de las mejores amigas del Amor, pero iba tan rápida, divirtiéndose y disfrutando de la velocidad y las olas, que ni siquiera lo vio desesperado pidiendo ayuda.

El Amor comenzó a suspirar, con lágrimas en sus ojos. Pensó que de esta no salía. Que seguramente apareciera de un momento una medusa o un tiburón que le mordería el culo.

Fue entonces cuando una voz tan vieja como el mismo mundo le dijo: -
Ven Amor, yo te llevo.

Era un anciano con largos cabellos y una barba de color blanco que le llegaba al suelo. Sus ojos reflejaban una luz brillante y extraña que hacía pensar que había visto muchas cosas maravillosas en la vida.

El Amor por fin salió del agua y subió al barco. Estaba tan cansado de mover sus brazos y patitas para no ahogarse, que se tendió sobre el suelo del barco de madera, lo besó y se quedó dormido. No tuvo tiempo de preguntar el nombre de aquel anciano.

Despertó en una nueva isla, una muy bonita sin montaña que pudiera explotar esta vez. Poco a poco, el resto de barcos de todos los sentimientos fueron llegando para explorar su nuevo hogar y elegir en qué zona construirían sus casas. Dando un paseo y meditando en todo lo que había pasado, el Amor se cruzó con la Sabiduría.

- Sabiduría, tu eres muy inteligente. ¿Puedo hacerte una pregunta? -.

- Yo lo sé todo. Pregunta. - Dijo la Sabiduría.
- ¿Quién era el anciano que me trajo en su barco de madera y salvó mi vida? -.

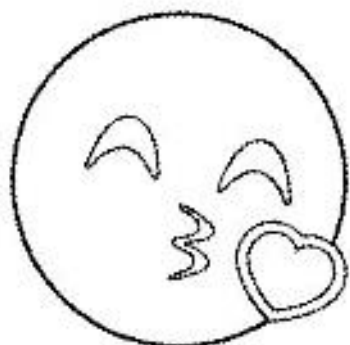
La Sabiduría respondió - Era el Tiempo -.

- ¿El Tiempo? Pero... ¿Y por qué el Tiempo me socorrió? -

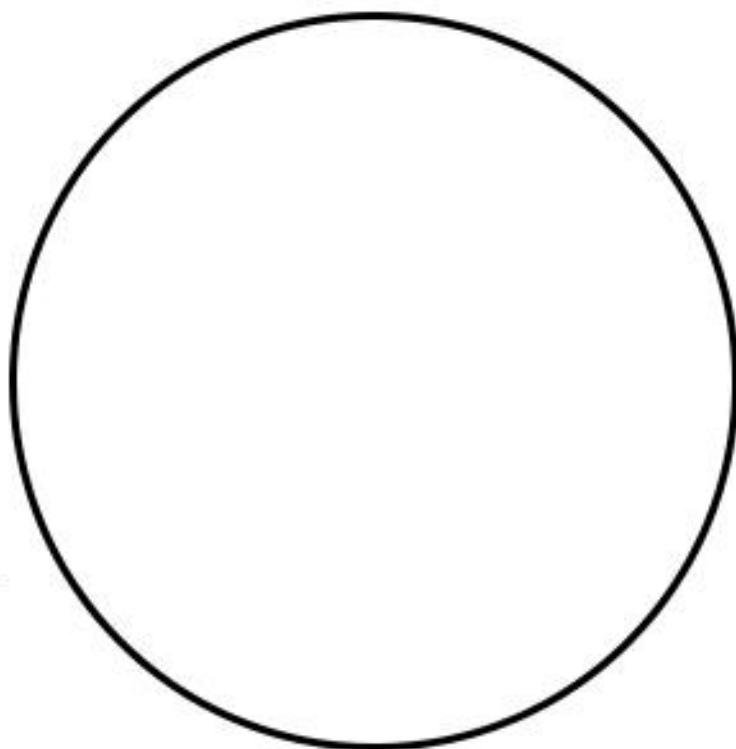
Y la Sabiduría contestó - Solo el Tiempo es capaz de ayudarte. Solo el Tiempo es capaz de entenderte. Solo el Tiempo te hace importante y fuerte ... Como ves, tienes mucho que agradecer a ese anciano ya que no serías útil sin él. Solo el Tiempo es capaz de comprender el valor que tiene un gran Amor -.

FIN

SEGUNDO VIERNES DE CUENTACUENTOS



**LA ISLA DE
LOS SENTIMIENTOS**



**¡DIBUJA TU PROPIO
EMOTICONO!**



3 VIERNES DE CUENTACUENTOS - ¡ESTE REINO ES UN DESMADRE! (PEDRO PABLO SACRISTÁN)

Hubo una vez un rey que quedó huérfano siendo niño y creció rodeado de mayordomos, militares y consejeros que hicieron de él un rey poderoso y sabio, pero insensible.

Día tras día, oía a gente hablar con pasión de sus madres, lo cual le enfadaba muchísimo ya que él nunca tuvo una. Un día, cansado de que las personas quisieran más a sus madres que a su propio rey, decidió darles todo el poder; “si tan buenas son las madres en todo, que gobiernen ellas. A ver cómo lo hacen” dijo.

Sin embargo, el “Sanedrín” solicitó audiencia y le desaconsejó que lo hiciera. El Sanedrín era una asamblea formada por los 50 hombres más sabios del reino aunque, como no podían formar parte las mujeres, sus recomendaciones siempre reflejaban la mitad de la verdad. Por eso, el rey desobedeció su consejo y ordenó de todos modos a sus ministros que hicieran una ley por la que las madres mandarían a partir de ese día, aunque antes ordenó que le construyeran una casita en una bonita playa de los confines del reino y se fue de vacaciones.

La noticia fue recibida con gran alegría por todos sus súbditos, pero al poco tiempo resultó ser un fracaso estrepitoso. Las cosas iban tan mal que el rey canceló sus vacaciones para retirar la nueva ley y recobrar el mando. El rey organizó una reunión con el Sanedrín, les pidió disculpas por desoír sus palabras, y les solicitó que averiguasen qué había fallado.

El Sanedrín, que solo veía la verdad desde el punto de vista de los hombres, concluyó que las madres habían fallado gobernado porque siempre habían dado más importancia a los problemas de sus propios hijos que a los del reino. Dijeron al rey que las madres llegaban tarde a importantes reuniones cuando sus hijos estaban enfermos, aplazaban los juicios para acudir a recogerlos al colegio, y mil mentiras más.

Al oírlo, el rey se puso tan furioso que castigó con el destierro a todas las madres del reino; “La que quiera seguir haciendo de madre, que se vaya”, gritó. Y no se quedó ni una.

Poco después, a pesar de su vuelta al gobierno, el reino iba aún peor. Reunió de nuevo al Sanedrín y éstos, tras estudiar el asunto, respondieron:

- La falta de madres ha creado un enorme problema de nutrición que está hundiendo al reino. Eran ellas las que tenían la obligación de hacer la comida.
- De acuerdo. Contratad un ejército de cocineros - Dijo el rey.

Tras contratar miles de cocineros, las cosas no mejoraron. Esta vez el Sanedrín encontró una nueva razón para el desastre:

- La falta de madres ha creado un enorme problema de higiene que está hundiendo al reino. Eran ellas las que tenían la obligación de limpiar.
- No hay problema ¡Contratad un ejército de mayordomos! - Respondió el rey, muy irritado.

Pero tras contratar a los mayordomos, las cosas siguieron igual. Una vez más el Sanedrín creyó encontrar la causa:

- La falta de madres ha creado un enorme problema de salud que está hundiendo al reino. Eran ellas las que tenían la obligación de curar las pequeñas heridas y ahora todas se infectan y se vuelven graves.
- ¡¡¡Pues contratad un ejército de enfermeros!!! - Gritó furioso el rey.

Pero los miles de enfermeros contratados no mejoraron nada. Y tampoco los economistas, sastres, decoradores, maestros, etc... Ni siquiera el descubrimiento de grandes minas de oro que permitieron al rey contratar cuantas personas quiso. No encontraba la forma de sustituir totalmente a las madres.

Cansado de la situación, el rey pidió una última reunión con el Sanedrín en donde les comunicó que jamás volvería a escucharlos, ya que desde que seguía sus consejos todo iba siempre a peor.

Para aclarar sus ideas, decidió ir unos días a su nueva casita de la playa; "Seguro que la tranquilidad y el silencio del mar me aporta la solución" pensó. Al poco de llegar, mientras se echaba la siesta, un alboroto lo sobresaltó. Eran unos niños que discutían con tanta ira y desprecio que el rey salió para calmarlos.

- Tranquilos, chicos. Los amigos deben tratarse con más cariño. ¿Por una sola pelea vais a dejar de quererlos?

Los niños, avergonzados, detuvieron la pelea y preguntaron al rey:

- ¿Qué significa "quererse"?

El rey lo comprendió todo en un instante. Ahí estaban todos los problemas del reino ¡Nadie estaba enseñando a los niños lo que eran el amor y el cariño! Entonces pensó en quién contratar para hacer esa labor, pero no encontró a nadie; era la única y verdadera obligación de las madres y, además, nadie podría sustituirlas.

Arrepentido por su injusticia y dureza de corazón, mandó buscar y contratar a todas las madres que había expulsado, pagándoles un altísimo salario solo por hacer de madres. Y en poco tiempo el reino resolvió sus problemas y superó ampliamente su antigua prosperidad.

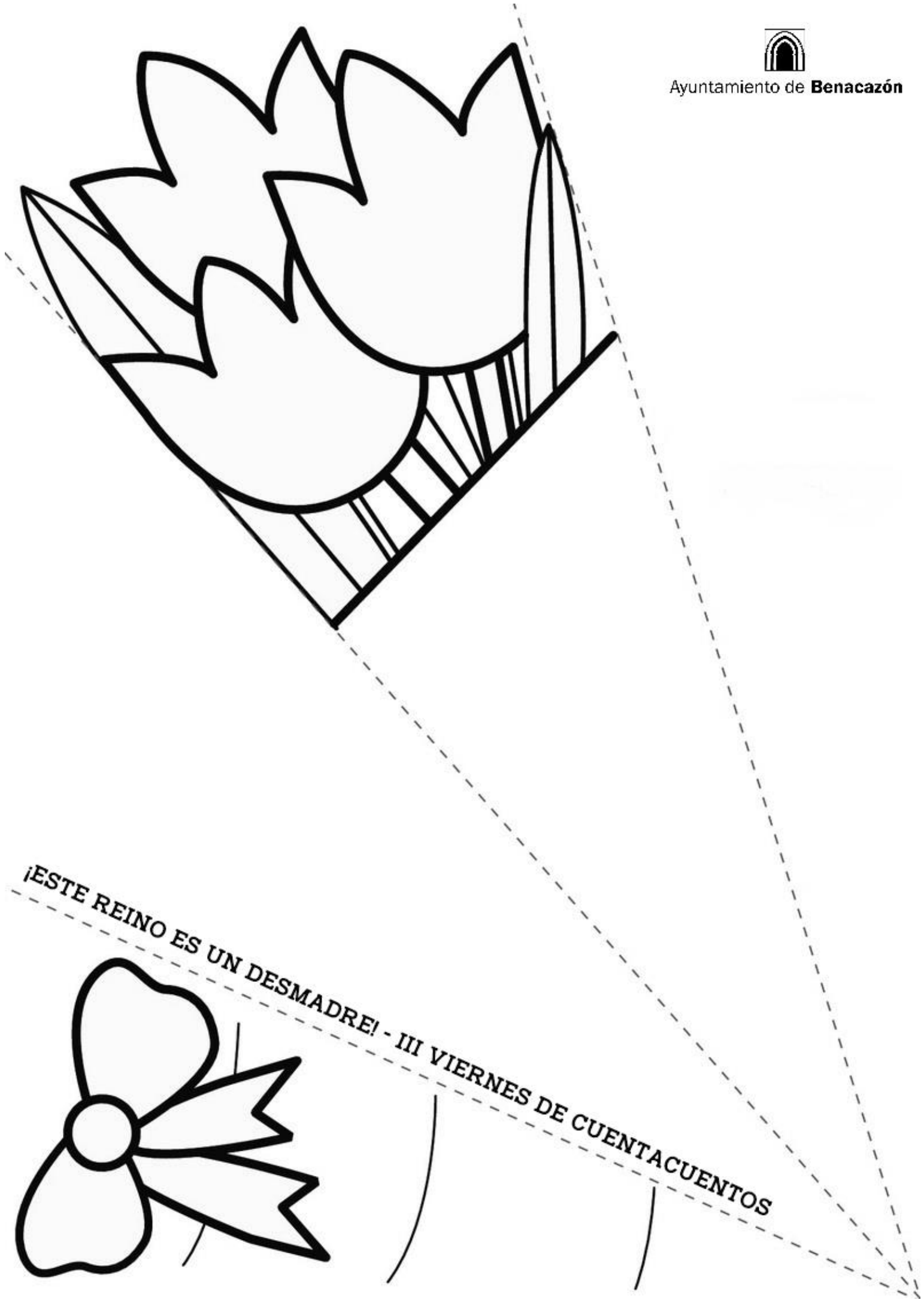
El Sanedrín reapareció suplicando una reunión de urgencia con el rey para protestar que se les pagara un salario a las mujeres por hacer de madres, algo que antes hacían gratis. El rey les dijo:

- ¡Aquí se han terminado vuestros consejos! Ya que os preocupa tanto el dinero, tengo un trabajo estupendo para vosotros.

Y ordenó que, a partir de ese día, los 50 miembros del Sanedrín se dedicarían a recopilar todos los millones de monedas del reino y, con un martillo y un cincel, retirarían los antiguos símbolos para sustituirlos por la imagen de una madre con su hijo y una inscripción que dijera:

“SIN EL AMOR DE SUS MADRES, TODOS LOS REINOS SON UN DESMADRE”.

FIN



¡ESTE REINO ES UN DESMADRE! - III VIERNES DE CUENTACUENTOS



4 VIERNES DE CUENTACUENTOS - LA BIBLIOTECA FANTASMA (DAVID MELLING, CON AÑADIDOS DE FRAN PEREJÓN)

Berta se había ido pronto a la cama. No tenía sueño, así que abrió su libro preferido y se puso a leer. Era una fantástica historia sobre una bruja a la que le olían los pies. Justo cuando Berta estaba llegando a la parte más interesante, que hablaba de un gato con una pinza en la nariz, de pronto... ¡Se fue la luz! Berta sintió un escalofrío.

Algo se movía, susurraba, murmuraba y crujía en la oscuridad: “¡No veo nada!”, “¡Mira bien por ahí!”, “¡Ay, esto es mi nariz!”.

Unas sombras se acercaban cada vez más...

Una mano blanda y pegajosa agarró el libro de Berta. “¡Lo tengo!”, grito alguien.

Fue rápido y, como Berta no soltó el libro, ¡Salió volando arrastrada por una fuerza misteriosa!

Berta cerró los ojos para que no le diera vértigo. Por eso no se dio cuenta de que había traspasado las paredes de su cuarto, y de que volaba a través del cielo oscuro hasta una torre muy alta que cinco minutos antes no estaba allí.

Cuando Berta abrió los ojos, se encontró en...

“LA BIBLIOTECA FANTASMA”.

-Debo de estar soñando – pensó Berta.

Nunca antes había visto un fantasma, aunque sí se los había imaginado y, desde luego, ¡no se parecían en absoluto a los tres fantasmas que estaban plantados delante de ella sonriéndole!

- Ejem... ¡Hola! – dijo el más alto - Yo soy Napias.

- Yo soy Coco – dijo otro, haciendo girar la cabeza en el aire.

-Yo soy Globo – dijo una tercera voz en algún lugar cerca de sus zapatillas - ¡Qué sorpresa! Bienvenida a la Biblioteca Fantasma.

- ¿Qué quieres decir con “que sorpresa”? – exclamó Berta - Pero si habéis sido vosotros los que me habéis traído hasta aquí.

-Pues, sí – dijo Napias sintiéndose un poco incómodo - El asunto es que queríamos tu libro, pero tú no lo soltabas. Así que... has venido con él – Y dio un pequeño tirón al libro que Berta seguía sujetando con fuerza en sus manos.

- Recogemos libros para nuestra biblioteca – explicó Coco.

- ¡Pero si está completamente vacía! – exclamó Berta mirando los estantes que había a su alrededor - ¡Queréis robar mi libro! – dijo enfadada - ¡Oh, no! – balbuceó Globo - No somos ladrones. No tenemos libros propios y por eso los “pedimos prestados” a los niños, los leemos y luego, al poco tiempo... ¡se los devolvemos!

Los tres parecían tristes. Napias sacó un pañuelo y se sonó la nariz haciendo mucho ruido.

- Vamos a escuchar un cuento - gritó Coco. Todos miraron a Berta.
- ¿Queréis que yo os lea un cuento? – preguntó.
- Bueno, ya que estás aquí, ¡sería estupendo! – dijeron los tres a coro.
- ¡La hora del cuento! – grito Coco.

En ese instante, Berta sintió escalofrío: montones de fantasmas aparecieron volando por todas partes y se sentaron en los estantes.

Cuando la vieron, se pusieron a murmurar por lo bajini con gran revuelo. “¡Madre mía! ¿Quién es esa?”, “No sé, pero espero que sepa contar una buena historia”, “Seguro que su cuento es un churro”.

Luego, el murmullo cesó y la sala se quedó en silencio. Todos estaban esperando.

Berta suspiró, se sentó en el suelo y se puso a leer su libro de la bruja:

*“Había una vez una bruja,
que tenía nariz de aguja
con verrugas en las verrugas
y merendaba gusanos y orugas.*

*Vivía descalza en una cueva oscura
con sus potingues y locuras,
pero lo que más odia su gato Andrés
es que le huelen terriblemente los pies.*

*No sabe qué hacer el pobre gato,
porque tiene fatiga todo el rato
y camina triste por allí
con una pinza en la nariz.*

*La bruja no le presta atención
porque no tiene educación,
y ahí sigue la pobre mascota
suplicando porque se compre... unas botas.”*

Berta cerró el libro.

Los fantasmas se habían quedado hipnotizados escuchándola.

- Genial, ¡qué cuento tan divertido! – exclamaron todos - ¡Cuéntanos otro!

Berta recordó un cuento que le enseñaron en un taller de cuentos que había en la biblioteca de su pueblo.

- Vale, solo uno más. Se titula “El Ratón Timoteo”.

Y comenzó:

*“Timoteo es un ratón glotón
que vive en un cajón,
en un cajón muy bonito,
con ventana y colchoncito.*

*Se despierta temprano,
y bosteza como un humano.
Cuando despereza se levanta
y de un golpe la manta aparta.*

*Luego se quita el pijama
y lo pliega sobre la cama.
Se lava y peina deprisa
y se pone su camisa.*

*Luego viene el desayuno
y come como ninguno
unas ricas tostadas
y sabrosas mermeladas.*

*Entonces se lava los dientes
para que estén relucientes.
Luego canta mirando al sol:
“Do, re, mi, fa, sol. Sol, fa, mi, re, do”.*

*Timoteo es muy goloso,
mucho más que algún oso.
Detrás va de un buen pastel
que hizo su mamá Isabel
con huevos y con harina
con yogur y golosinas.*

*Lo tiene bien guardado
bajo un enorme candado,
pero la puerta está entreabierta*

*y Timoteo piensa en la fiesta
que se va a regalar
con succulento manjar.*

*“¡Come más queso
y deja los dulces, travieso!”,
le dice su mamá Isabel
que se preocupa por él
y quiere que esté flaco
para poder escapar del gato,
que está muy sordo
y solo atrapa ratones gordos.”*

- ¡Cuéntanos otro! - exclamaron todos de nuevo.
- No – respondió Berta - Ahora os toca a vosotros. ¿Por qué no me contáis un cuento a mí?
- Oh, no podemos – dijeron avergonzados.
- No sabemos ninguno – dijo Napias.
- Por eso cogemos los libros prestados. Somos “los recolectores de cuentos”.
- Pero os podéis inventar el cuento que queráis. Mirad a vuestro alrededor, seguro que se os ocurre algo – dijo Berta.

Coco miró en sus bolsillos. Luego miró en los de Globo. Todos miraron aquí y allá.

-No, no, así no se hace – reía Berta - Os ayudaré. ¡Que cada uno dé una idea!

Los fantasmas estaban tan entusiasmados que hablaban todos a la vez: “¡Un cuento con fantasma que te pone los pelos de punta con su uuuuuu!” , “¡Con sombras que se deslizan y crujen!” , “¡Con ojos de serpiente y patas de araña!”

- ¡Eso es! – exclamó Berta - Vamos a contar un cuento de Halloween.

Los fantasmas decidieron que Berta era la que mejor leía las historias porque ponía voces divertidas en los momentos que tocaba. Y se sentaron a escucharla mientras les contaba este mismo cuento que os estoy contando ahora.

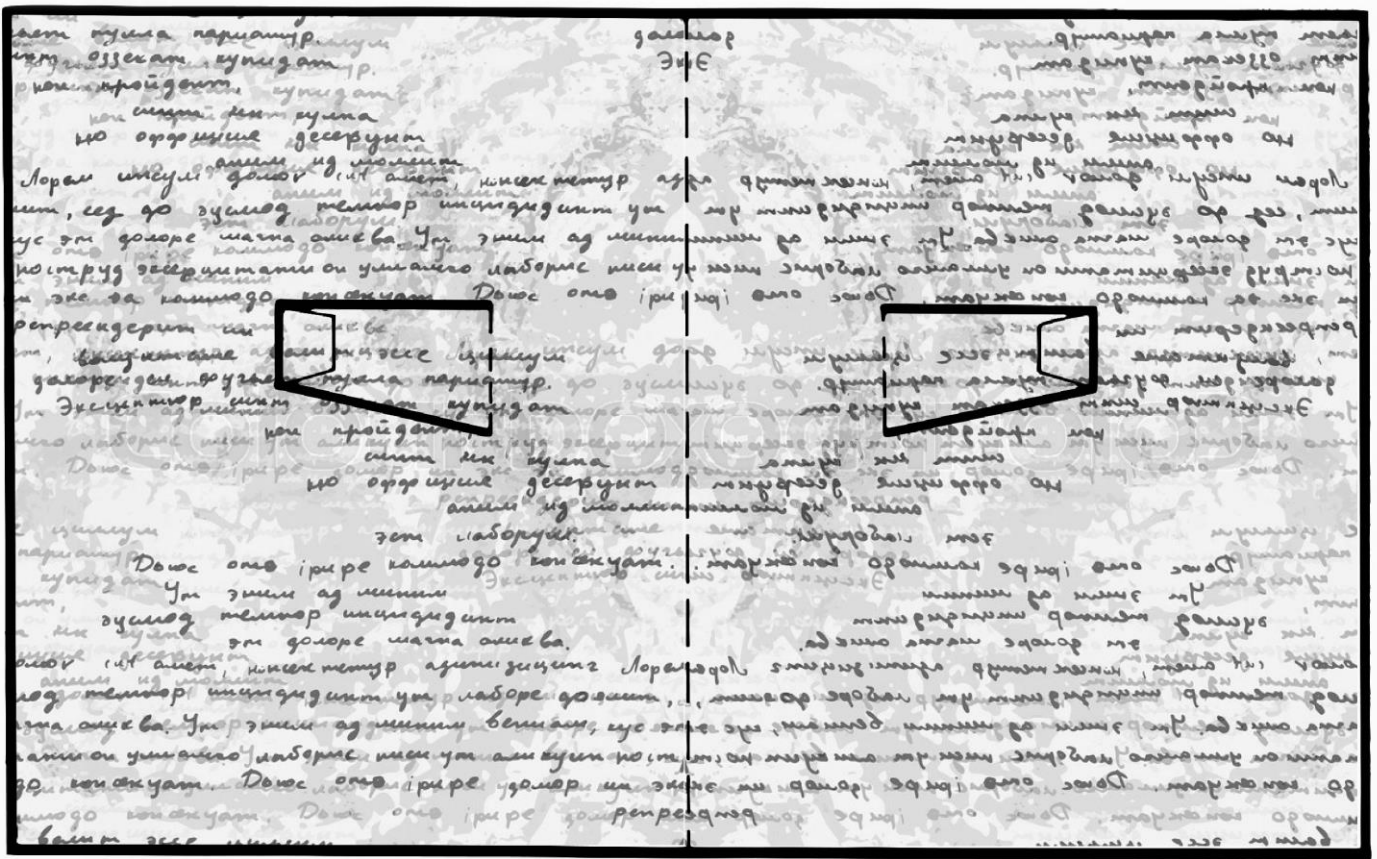
Cuando Berta volvió a su cuarto, encontró una tarjeta sobre su almohada. En la tarjeta había un mensaje en letras plateadas que no dejaban de temblar mientras Berta leía...

“AMIGOS DE LA BIBLIOTECA FANTASMA: SOCIA HONORARIA”

Desde aquella noche, Berta visita de vez en cuando la Biblioteca Fantasma...
¡Cuando no son los fantasmas los que la visitan a ella!

Y en todas las ocasiones insisten en que sea Berta quien lea los cuentos...
¡porque sabe poner voces divertidas en los momentos más espeluznantes!

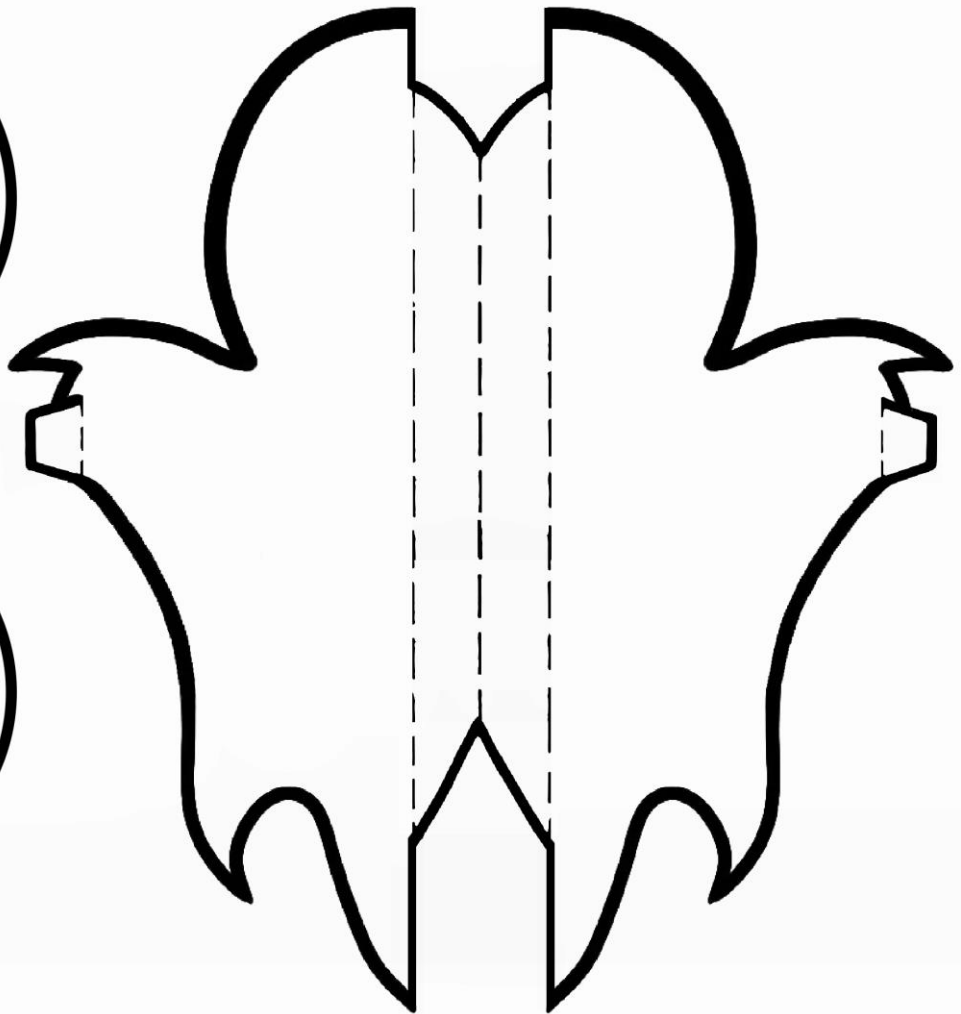
FIN



OPCIÓN CARA A



OPCIÓN CARA B



CUARTO VIERNES DE CUENTACUENTOS
ESPECIAL HALLOWEEN
**LA BIBLIOTECA
FANTASMA**



Ayuntamiento de Benacazón

5 VIERNES DE CUENTACUENTOS - UNA BRUJA EN EL PUEBLO DE LOS CUENTOS (ADAPTACIÓN DE FRAN PEREJÓN)

Hace muchos años, en un pueblito llamado “Librenacazón” ocurrió un hecho muy curioso. Cuenta la historia que los habitantes del pueblo amaban la lectura y los cuentacuentos. Familias enteras acudían todos los viernes a la Biblioteca del pueblo a escuchar un bonito cuento y aprovechaban para llevarse un libro a casa, que devolvían a la semana siguiente. Ningún niño se iba a la cama sin haber leído o escuchado un cuentito de boca de sus papás. Los libros vivían felices pasando de mano en mano. Sabían que, gracias a ellos, los niños aprendían, soñaban e imaginaban.

Cierto día, llegó al pueblito una bruja que no había tenido la suerte de poder leer en su infancia y a quien sus papás jamás le habían contado un cuento. Se instaló en una casa alejada con una televisión como única compañía.

Como se aburría bastante, comenzó a observar a todos y cada uno de los habitantes del pueblo; todos eran cultos, divertidos y con una imaginación prodigiosa. Quiso entablar conversación con sus vecinos y a pesar de ser muy bien recibida, al tiempo se dio cuenta que poco tema tenía para compartir.

No era lo mismo hablar de aquello que veía en la televisión que de historias fantásticas, de misterio o de amor. La brujita sintió envidia por todo aquello que desconocía y que tanto enriquecía a la gente del pueblo. Decidió entonces que, para estar en igualdad de condiciones, haría desaparecer todos los libros de “Librenacazón”.

- ¡Hablaremos de las mismas cosas! ¡Ya nadie sabrá más que yo! ¡Ahora seremos todos iguales! –dijo para sí.

La decisión más acertada hubiera sido comenzar a leer ella también, pero la envidia es un pésimo sentimiento que sólo nos hace tomar decisiones equivocadas.

Preparó una pócima maloliente y tomó su escoba. Sobrevoló todo el pueblo salpicando con el líquido verde cada hogar, los dos colegios, el Centro de Formación “Maestros de Librenacazón” y cada libro de sus estanterías. En pocos minutos, todos los libros del pueblo habían desaparecido y habían sido reemplazados por televisores. Nadie entendía lo ocurrido.

El Centro de Formación parecía ahora una aburrida tienda de televisores, así que las familias dejaron de ir todos los viernes. Los niños se acostaban tristes, ya que sus papás no podían leerles un cuento. En poco tiempo todo

el pueblo cambió. Los niños soñaban cosas feas, imaginaban poco y comenzaban a olvidar palabras y datos importantes que habían aprendido.

Todo el pueblo se iba empobreciendo día a día. Ir a la escuela se complicaba pues sin libros, no era fácil estudiar. Las mamás y los papás cocinaban sólo cosas muy sencillas pues las mejores recetas que atesoraban en valiosos libros ya no estaban. La Alcaldesa y los Concejales estaban en problemas, pues no recordaban de memoria todas las leyes y normas y no podían organizar ninguna actividad.

La única que estaba feliz era la envidiosa brujita quien ahora sentía que no era tan diferente al resto de la gente.

¡JUAJUAJUAJUAJUAJUAJUAJUAJUA...!

Pero un día la brujita enfermó. Comenzó a dolerle mucho la pancita y tuvo que ir al médico del Centro de Salud del pueblo.

- Yo debería recetarle un remedio, pero la dosis justa se encontraba en el libro de medicina que ya no tengo, no creo poder hacer mucho –le dijo el doctor revisándola.

- No importa –dijo la brujita- iré a la farmacia, seguro allí podrán ayudarme.

Llegó a la farmacia agarrándose la barriga pues le dolía mucho, aunque tampoco tuvo éxito.

- Lamento no poder ayudarla –dijo la farmacéutica –todos los remedios venían con un librito de indicaciones que ha desaparecido.

- Bueno, no importa, ya pasará –contestó orgullosa la bruja.

Regresó a su casa, dispuesta a acostarse y ver un rato de televisión para ver si se distraía y se le calmaba el dolor, pero no pudo hacerlo porque se había cortado la luz de toda la casa... Unos ladrones robaron los cables de las calles y la policía no pudo hacer nada porque no tenía cuaderno donde anotar las multas. Los electricistas del Ayuntamiento tampoco pudieron arreglar la avería porque la libreta donde la Concejala les anotaba la tarea había desaparecido.

El aburrimiento de la bruja era mucho, las horas se hacían eternas y el dolor no disminuía.

- ¿Qué puedo hacer? -se preguntaba la dolorida brujita, quien sin televisión se sentía perdida.

Mientras tanto, la gente del pueblo extrañaba sus amados libros; para quien conoce el valor de la lectura, sabe bien que no hay televisión que reemplace un buen libro.

Una gran reunión se organizó en el Salón de Plenos de “Librenacazón”.

- Algo debemos hacer –dijo la Alcaldesa muy preocupada- no puede ser que nos resignemos a no leer más, no me explico qué ha pasado con los libros.

- Hemos buscado por todas partes y nada encontramos –comentó una abuela.

- Yo creo que la bruja algo tiene que ver en todo esto. Al poco tiempo que ella llegó, desaparecieron todos y cada uno de nuestros libros – agregó un papá.

- ¡Es cierto! –dijo la Alcaldesa- averiguaremos si ha sido ella y le daremos un buen escarmiento –propuso.

- ¿Irá a prisión? –preguntó Estrella, una niña a la que le encantaban los cuentos.

- ¡Y sin televisión! –contestó la Alcaldesa.

Todo el pueblo comenzó a acusar a la brujita y a proponer diferentes castigos para ella. Todos, menos Estrella, que pensaba bien distinto.

- ¡Esperen, esperen! – gritó la pequeña Estrella para que todos lo escuchasen- Esto no es lo que nos han enseñado los cuentos y los libros que teníamos. De ellos hemos aprendido el valor de la palabra. Déjenme a mí, intentaré hablar con ella.

Todos callaron y la Alcaldesa permitió a la niña que se ocupara del asunto.

Entusiasmada con su misión, Estrella fue a visitar a la brujita, quien seguía molesta por su dolor de panza. Golpeó la puerta, se presentó y al ver su cara de dolor, le preguntó en qué podía ayudarla.

- En nada, pequeña, no eres doctora, ni farmacéutica, y aún menos electricista para arreglar el corte de luz –le dijo la bruja muy seria.

- Si estuviese entretenida, el dolor pasaría más pronto –contestó Estrella.

- Tú lo has dicho, pero ya ves, no puedo ver televisión. Así que aquí estoy, aburrida como una ostra y tu nada puedes hacer al respecto.

– No crea señora, tengo una idea –dijo la niña. Le pidió que se sentase en un sillón y le contó uno de los cuentos que había oído en la actividad Viernes de Cuentacuentos.

De a poco, el dolor se fue pasando. La magia del cuento fue envolviendo el corazón y la imaginación de la brujita, quien se transportó por un instante a tierras lejanas y desconocidas. Por primera vez en su vida, alguien le contaba un cuento, le regalaba una historia, un momento compartido y le abría las puertas a un mundo desconocido y hermoso.

– ¡Pero qué maravilla de historia! ¿En qué programa de televisión la has visto? –preguntó la asombrada bruja.

– Es un cuento, mi preferido. Lo escuche una vez en el Centro de Formación, en una actividad que se celebraba todos los viernes. Además, cuando terminaba el cuento, siempre hacíamos una manualidad. Bueno, antes de que todos los libros desaparecieran, claro está. –contestó triste, la pequeña.

– ¿Tienes otro para contarme? –pidió la brujita entusiasmada.

Y entre príncipes y princesas, monstruos de colores, autobuses que se conducen solos, caminos que no iban a ninguna parte y molinillos mágicos, la tarde pasó tan rápido que ninguno de las dos se dio cuenta.

Estrella volvió a su casa. En su camino de regreso pensó que no había preguntado a la bruja nada acerca de la desaparición misteriosa de los libros, pero igual estaba contenta porque sentía que había hecho algo importante.

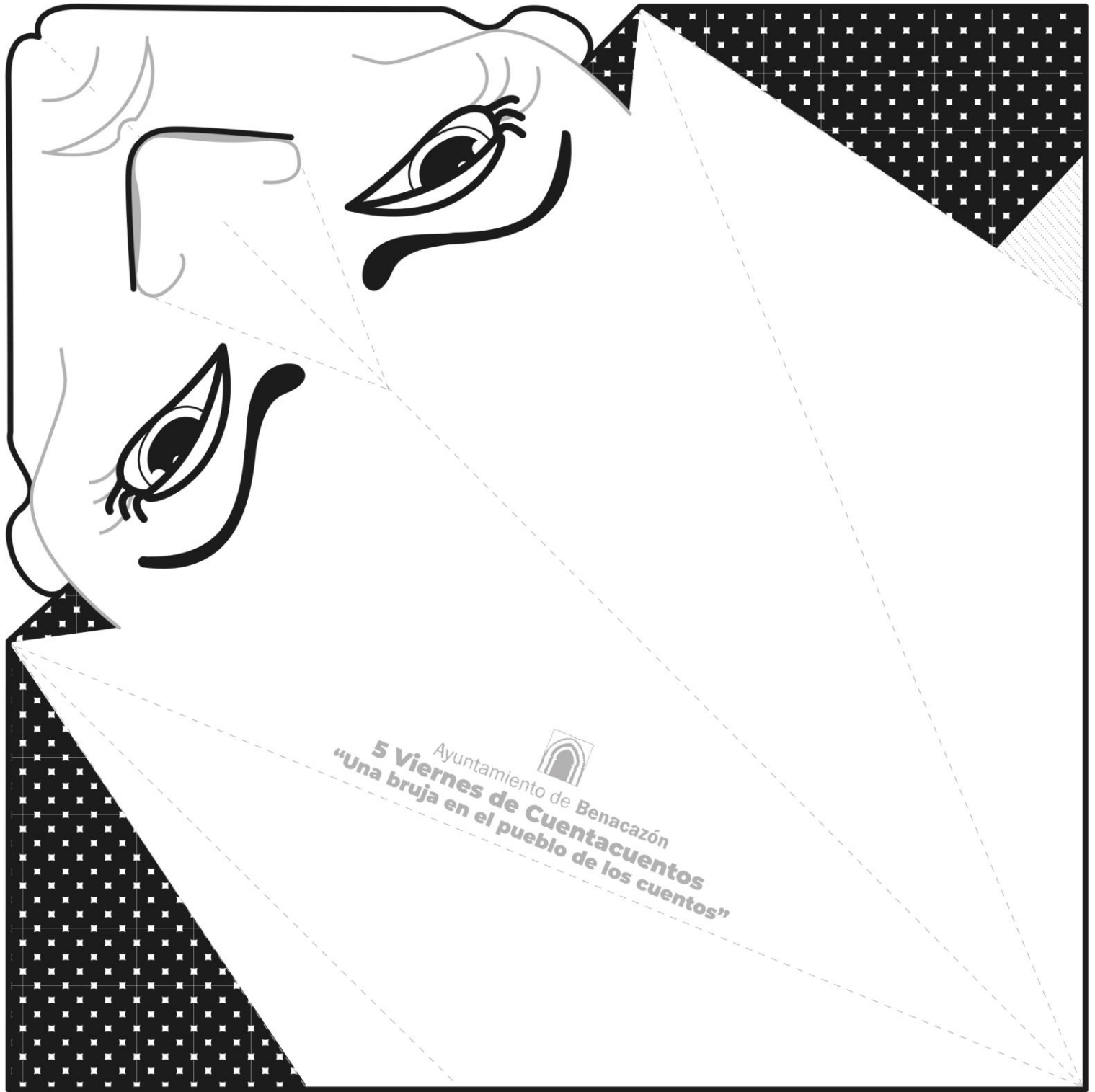
Pero la brujita, que ya estaba sola en su casa, también le daba vueltas al tarro; recordó cada una de las historias relatadas por la niña y, sobre todo, pensó en la magia que la había envuelto mientras las escuchaba.

Se dio cuenta que nunca, jamás, un programa de televisión había despertado en ella tal sentimiento y decidió enmendar su error. Volvió a preparar una pócima, pero esta vez con efecto contrario. Tomó su escoba y volvió a sobrevolar todo el pueblo. Al poco tiempo, todos y cada uno de los libros volvieron a su lugar.

El Centro de Formación volvía a tener de nuevo tantos libros que no cabían en las estanterías. Hogares, colegios, librerías... todos volvían a tener sus libros como si jamás hubiesen salido de allí. Nadie fue a prisión sin televisión y nunca supieron bien cómo y porqué los libros habían desaparecido, tampoco cómo habían vuelto. Suponían que la brujita algo había tenido que ver en el asunto, pero ya no importaba.

Ahora era ella quien iba todos los viernes al Centro de Formación, no se perdía ni un cuento, leía cuanto podía y se sentía feliz. La brujita aprendió mucho leyendo: historia, geografía, biología, literatura... para poder charlar de cualquier tema con sus vecinos. Pero lo más importante fue que supo que nada en el mundo reemplaza la magia de un libro sostenido entre las manos o de un hermoso cuento contado con cariño en una biblioteca.

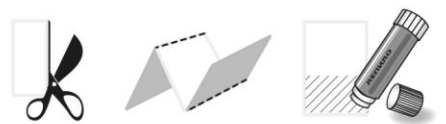
FIN



Ayuntamiento de Benacazón
5 Viernes de Cuentacuentos
"Una bruja en el pueblo de los cuentos"

Línea decorativa con patrón de líneas diagonales									

Línea decorativa con patrón de líneas diagonales					



6 VIERNES DE CUENTACUENTOS - TODO UN GOLAZO (ADAPTACIÓN DE FRAN PEREJÓN)

Rápido, cada vez más rápido, el pequeño conejo Federico daba pataditas a la pelota.

A Federico le gustaba el fútbol más que todo en el mundo. Podía jugar el día entero sin cansarse nunca. Podía ver todos los partidos de la tele. Era del Betis, del Sevilla, del Barcelona, del Madrid y de ninguno más que otro y de otro más que ninguno. Le gustaba ponerse de portero, de defensa, de delantero, de árbitro y de utilero, si hacía falta. El conejo Federico tenía las camisetas de las selecciones de todos los países y, cada día, iba al cole con una diferente. En el recreo solo jugaba al fútbol... y sin pelearse con sus amigos, claro.

Pero hoy no tocaba cole. Era fin de semana y se entrenaba solito en el camino de entrada su granja. Intentaba superar su record anterior de 100 pataditas al balón, cuando...

- ¡Federico, entra de una vez! -llamó su mamá asomándose a la puerta-. Debes vestirte para el cumpleaños de tu hermana.

- ¡Rayos! ¡Mecachis! ¡Caracoles! -exclamó Federico.

Era lo último que quería hacer.

- ¡Mira cómo estás todavía! -le riñó doña Coneja-. Sube inmediatamente a tu cuarto, quítate esa camiseta de futbol y ponte ropa normal por una vez. Los invitados están por llegar.

Federico entró y vio que su madre estaba poniendo las velitas en la tarta de fresa de cumpleaños de Liza. También había comprado un pastel de café para los mayores.

- Mmm... qué bien huele. Comeré de ese pastel -dijo decidido.

- Sabes que los niños no pueden tomar café. Comerás de la tarta de cumpleaños, como siempre -dijo su madre.

Federico tenía ganas de llevar la contraria porque todavía estaba furioso por haber tenido que dejar su juego favorito, así que siguió intentando enfadar a doña Coneja.

- Esta fiesta sería mucho más divertida si jugáramos al fútbol en vez de cantar esas tontas canciones -dijo-. Seguro que jugaremos a esas tontas

sillas musicales, le pondremos la tonta cola al tonto burro o tiraremos todos de la tonta piñata. ¡Qué tontería!

- ¡Esa boquita! Sube a cambiarte de una vez. Ponte una camiseta de futbol limpia si eso es lo que quieres, pero haz el favor de dejar tu balón en la habitación. Y no tardes -le riño una vez más su mamá, un poco más enfadada.

Federico se vistió todo lo lento que pudo. Y no solo se puso una camiseta de futbol, sino toda la equipación. Antes de ponerse las botas, incluso perdió el tiempo ojeando su álbum de futbolista y eso que se lo sabía de memoria. Fue el último en llegar a la fiesta y para colmo traía el balón bajo el brazo. Su mamá pensó que no merecía la pena reñirle de nuevo porque lo que importaba de verdad era la fiesta de cumpleaños de Liza.

Después de que todos cantaron Feliz Cumpleaños a Liza, mamá Coneja comenzó a repartir la tarta.

-Yo no quiero esa tarta para bebés ¡¡¡Yo quiero pastel de café!!! -dijo Federico a su mamá, gritando delante de todo el mundo.

- No, no comerás pastel de café -le dijo de nuevo mamá Coneja-. Ya te dije que es para los grandes. El pastel de cumpleaños es para los niños.

- ¡Pero yo no quiero esa tonta tarta de cumpleaños! ¡Yo quiero pastel de café! -gritó Federico, con una verdadera pataleta. Liza, su hermana pequeña, comenzó a llorar. Y eso que era su fiesta de cumpleaños.

- ¡No! -repitió su mamá.

Federico estaba tan enojado que no se pudo contener. Hizo entonces algo horrible.

- Si yo no puedo comer, nadie comerá -gritó. Levantó su balón con las dos manos y, como si fuera a sacar de banda, lo lanzó para estrellarlo sobre el pastel de café. Manchó a todos y cada uno de los conejos invitados a la fiesta.

Esta vez sí que Federico se había metido en un tremendo lío.

- Federico, ¿cómo pudiste hacer eso? -exclamó mamá Coneja espantada- ¡Sube al altillo inmediatamente! ¡Más tarde me ocuparé de ti!

El altillo era el taller donde los conejos decoraban los huevos de Pascua. Una habitación grande y agradable, perfecta para jugar a la pelota. Pero Federico no tenía ganas de jugar a nada porque se arrepentía mucho de lo

que había hecho. Así que subió las escaleras, se sentó en el suelo y de la vergüenza lloró durante un rato. “Pobre Liza, pobre mamá”, pensó.

De pronto, Federico oyó unos gritos estremecedores que llegaban desde afuera. A lo lejos escuchó un canto aterrador.

- ¡Hop, hop, hop! Conejitos hop. Somos tres zorros amigos que hemos venido a buscar los más tiernos conejitos para un delicioso asado. ¡Hop, hop, hop! Conejitos hop- se oía a lo lejos, desde el camino de entrada a la granja

Federico miró por la ventana y vio tres zorros grandes y salvajes. ¡Ahora estaban todos en terribles problemas!

Abajo, conejos, conejas y conejitos lloraban y temblaban, cerraron las ventanas y echaron cerrojos a las puertas.

Luego todos bajaron al sótano, que era el lugar más seguro. Y con tanto alboroto, nadie se acordó de Federico que estaba arriba, en el altillo.

- ¡Rayos! ¡Mecachis! ¡Caracoles! -exclamó Federico.

¡Rápido! Había que pensar en hacer algo. Federico tomó un enorme canasto lleno de huevos de Pascua y lo arrojó por la ventana.

En ese momento, los zorros llegaban corriendo dispuestos al ataque. Pero tropezaron, cayeron y chocaron entre ellos en la resbaladiza pringacha de los huevos rotos.

Los salvajes animales no estaban preparados para esto. Maltrechos y cubiertos de claras y yemas, miraron hacia arriba y vieron a Federico, que reía a carcajadas en la ventana del altillo. Murmuraron algo y desaparecieron entre los arbustos.

- ¡Caso resuelto!- pensó equivocado el pequeño Federico.

Pronto los tres zorros volvieron con una escalera muy larga. Comenzaron a subir hacia la ventana del altillo.

Pero Federico estaba preparado. Había alineado todos los tarros de pintura, destinados a los huevos de Pascua, y los fue arrojando uno por uno sobre los zorros: primero el amarillo, luego el azul, enseguida el violeta, y finalmente un gran tarro de pintura color rojo brillante.

Esto fue demasiado para los zorros. Furiosos volvieron a los arbustos.

- ¡Victoria!-, gritó Federico, pateando su pelota de fútbol a través del cuarto.

Pero casi inmediatamente sintió unos fuertes golpes. Todo comenzó a temblar en el altillo.

- ¡Rayos! ¡Mecachis! ¡Caracoles! -exclamó Federico- ¿Qué pasa ahora?

¡Los zorros habían regresado! Y trataban de entrar derribando la puerta con un tronco de árbol.

Federico necesitaba ayuda. Pensó en Brutus, el toro que estaba en las cuadras de la granja. ¡Pero las cuadras estaban tan lejos!

«Sólo tengo una posibilidad», pensó.

Federico puso su pelota de fútbol en el borde de la ventana. Este sería el tiro más importante de su vida.

Federico le dio con todo. Le dio tan fuerte que se le hizo un agujero en la bota y los dedos le asomaron por la punta.

La pelota salió disparada y desapareció por la ventana abierta de la cuadra.

- ¡Ja, ja, ja! ¡No nos dio, pequeño y molesto conejo! -rieron los zorros, dando otro fuerte golpe a la puerta con el tronco.

Pero la pelota, había entrado por la ventana de la cuadra...

... Y el gallo Mauricio, que estaba descansando en las maderas del techo, poco le faltó para incluso poner un huevo cuando se llevó un tremendo pelotazo del susto «¡Kikirikí!». A continuación, la pelota...

...rebotó sobre el cerdo Manolo que estaba tumbado muy agusto, con toda su inmensa panza extendida sobre el suelo, e hizo descuajeringarse de risa a los cerditos. Rieron con tantas ganas que empezaron a volverse locos y a rodar, volcando el cubo de leche. Y la leche empapó completamente al cabrito Mortimer....

Lo que poca gente sabía es que Mortimer, a pesar de ser un cabrito, era... ¡intolerante a la lactosa! Sacudiéndose y tratando de secarse, el cabrito comenzó a saltar y a dar golpes por toda la cuadra, despertando a las ovejas. Éstas se asustaron tanto...

...que huyeron en estampida, cayendo a su paso una escalera, que dio un golpe en el culo a la yegua María. Instintivamente la yegua pegó una coza hacía atrás, tirando y desparramando los fardos de pasto que fueron a caer sobre el corral de...

¡Brutus, el toro!

Brutus tenía un carácter terrible y no le gustaba que interrumpieran su siesta. Resoplando, rompió el corral, echó abajo la puerta de la cuadra y salió. Estaba tan furioso que nada podía detenerlo.

¡Había una sola cosa que Brutus odiaba, más aún que el ser molestado mientras dormía la siesta y eso era... el color rojo!

Y eso fue, ni más ni menos, lo que vio cuando irrumpió en el patio... ¡Tres zorros rojos como rojas manzanas, como rojas narices de payaso, como rojas picaduras de mosquito! Brutus galopó tras ellos y los hizo aullar y correr despavoridos.

El pequeño conejo Federico sabía que esta vez los zorros se habían ido para siempre.

- ¡Bien hecho, Brutus! -gritó desde la ventana- ¡Lo logramos!

El peligro había pasado. Los conejos salieron del sótano. Cuando descubrieron lo que Federico había hecho, lo perdonaron por las manchas de pastel de café y lo vitorearon emocionados. “¡Federico, Federico, Federico!”

Federico pidió perdón a Liza y mamá Conejo, que lo llenaron de besos. Y todos felices celebraron, no solamente el cumpleaños de Liza, sino también su buena suerte.

Antes de tirar de la piñata, Liza pidió silencio a todos y gritó: - Federico será el mejor futbolista del mundo. ¡Nadie más habría podido disparar un golazo así!-.

Y todos estuvieron de acuerdo y tocaron las palmas, menos Federico, que estaba demasiado entretenido devorando la tarta de fresa de cumpleaños que tanto le gustaba.

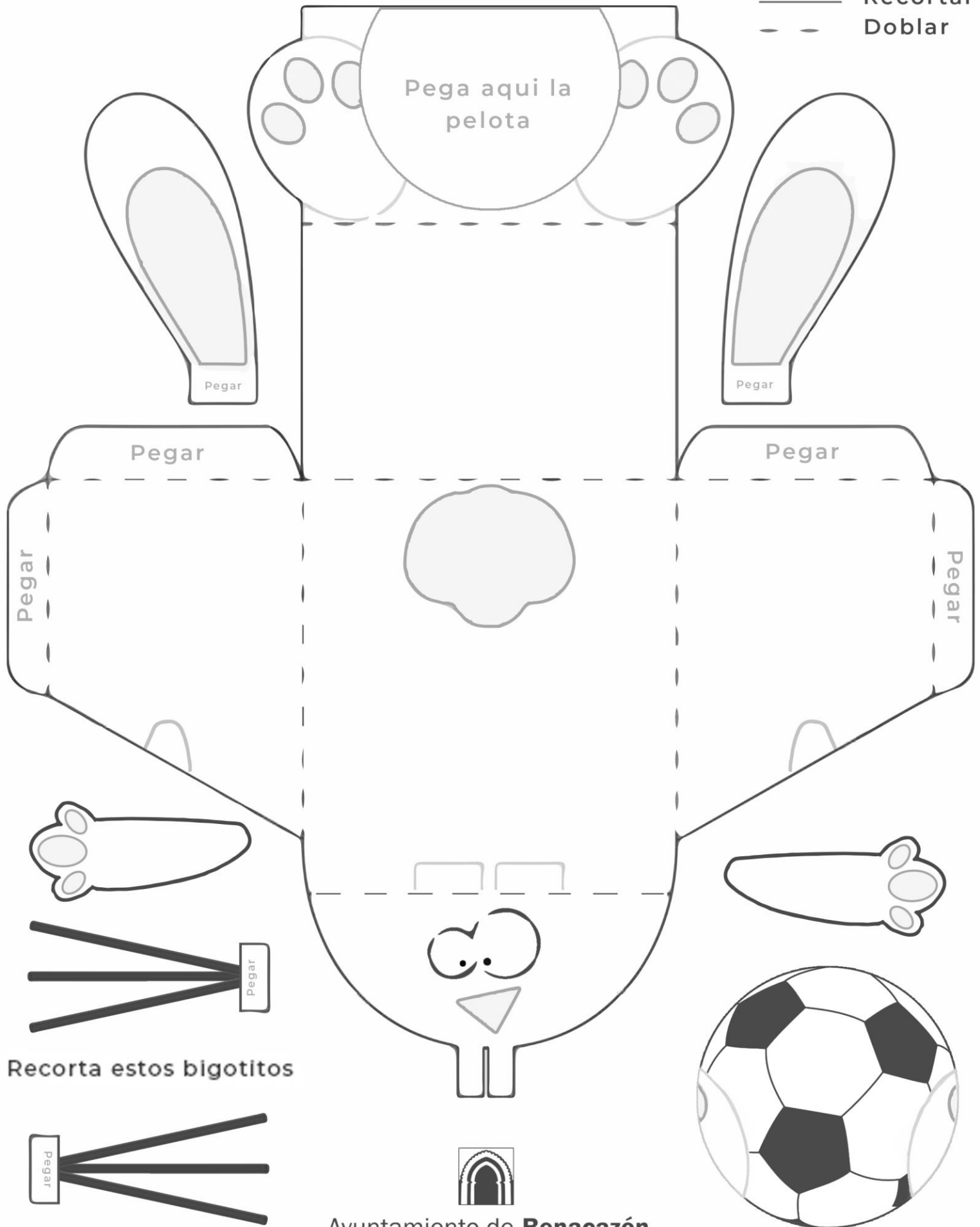
¡Y colorín cabezota, por la ventana sale una pelota y hace GOOOOOOOL!

FIN

6 VIERNES DE CUENTACUENTOS

“Todo un golazo”

— Recortar
- - - Doblar



7 VIERNES DE CUENTACUENTOS - EL MENSAJERO DE REYES

(ADAPTACIÓN DE FRAN PEREJÓN)

Hace mucho tiempo había reinos tan extensos que los reyes nunca se habían visto. El rey Clodoveo sabía que allí donde terminaba su reino, empezaba el reino de Leopoldo. Pero nada más. Al rey Leopoldo le pasaba lo mismo. Sabía que, al otro lado de la frontera, más allá de las montañas, vivía Clodoveo. Y punto.

La corte de Clodoveo estaba separada de la de Leopoldo por quince mil kilómetros. Más o menos la distancia que hay entre Portugal y la costa de China. Entre corte y corte había bosques, desiertos de arena, ríos torrentosos, montañas nevadas, precipicios y llanuras fenomenales donde vivían solamente las lagartijas.

Cuando Clodoveo y Leopoldo decidieron comunicarse, contrataron mensajeros, aunque el mejor y más veloz de todos ellos se llamaba Artemio. Además, terminó siendo el único: nadie quería trabajar de mensajero en aquel tiempo. No había suela de zapatos tan dura que aguantase aquellos recorridos tan largos y los mensajeros acababan sus encargos descalzos y doloridos. Pero Artemio era flaco como una espiga de trigo y veloz como un rayo, así que sus botas aguantaban bien la ida y la vuelta. Además, tenía una voz grave y profunda, perfecta para resonar en los inmensos salones reales. ¡Era el mensajero ideal! O casi...

Artemio tenía un serio problema... no sabía leer. En aquellos tiempos, solo los hijos de reyes y nobles iban a la escuela y, como la familia de Artemio era muy humilde, se crió entre arados y vacas, en vez de entre lápices y libros. Como tampoco había hecho exámenes de niño, para colmo de males su memoria era penosa. Una memoria con poca cuerda. Una memoria que goteaba por el camino.

Antes de partir, Artemio pedía que alguien le leyera el manuscrito y trataba de memorizar el texto para repetirlo luego, porque no quería perder el trabajo. Salía por la mañana bien temprano, sin desayunar siquiera, con la memoria afinada y tensa como un arco. Al llegar al kilómetro 7.500 más o menos, había olvidado todo o casi todo. Y lo que no recordaba lo iba inventando, en un intento de que nadie descubriera su secreto.

A veces, Artemio recorría quince mil kilómetros solamente para decir "gracias". Y volvía con la respuesta: "de nada". Cuando se trataba de pocas palabras, podía recordar bien los mensajes, pero con los grandes textos empezaban a ocurrir grandes problemas.

Una vez, la esposa del rey Clodoveo le mandó pedir a la esposa del rey Leopoldo la receta de la "mermelada de frambuesas". Artemio volvió y

recitó ante la reina la receta de... los “canelones de acelga”. La reina pensó que la mujer del otro rey estaba loca, pero preparó la receta por no hacerle el feo.

—¡Qué buena mermelada, Majestad! —decían todos los invitados al banquete real, mientras comían amargos canelones.

Otra vez, el rey Leopoldo quiso anunciar al rey Clodoveo la feliz noticia del cumpleaños de su abuela. El mensaje que Artemio debía leer era:

“Te saludo, Clodoveo,
y te anuncio que mañana
va a cumplir noventa años
la anciana reina doña Susana”.

Artemio cruzó valles, selvas, acantilados y charcos, nadó ríos y atravesó muchos pasos de peatones a lo largo de quince mil kilómetros. Cuando llegó a la corte del rey Clodoveo se presentó en la sala del trono, abrió el manuscrito, simuló que leía y dijo lo que le dio la real gana:

“Te saludo Clodoveo,
y te cuento que esta mañana
en el jardín de detrás del baño
se me ha perdido una rana”.

Clodoveo no entendía por qué tanta preocupación por una simple rana. Leopoldo debía estar chiflado. Pero allá mandó a Artemio con un pergamino que decía:

“Lo siento, ya conseguirás otra”.

Como era una frase sencilla, el mensajero pudo recordarla bien. Leopoldo, creyendo que se refería a la abuela, se enfadó mucho y juró que no cambiaría a la anciana reina por ninguna otra en el mundo, aunque estuviera viejita.

Un día, Clodoveo lo envió para que pidiera a Leopoldo la mano de su hija Leopoldina. Quería casarla con su hijo, el príncipe heredero. Mientras marchaba a través de caminos peligrosos, Artemio se iba olvidando.

—¿Qué tengo que pedir de la princesa Leopoldina? ¿Era la mano? ¿No sería el codo? ¿El sobaco? Me parece que era el pie.

Cuando estuvo frente a Leopoldo, abrió el pergamino y dijo:

“Te hace el rey Clodoveo

una petición muy cansina:
que le envíes enseguida
la pata de Leopoldina”.

A Leopoldo le dio un ataque de furia. ¡Cómo se atrevía ese trastornado a pedir una pata de su hija! Por semejante ocurrencia, mandó de vuelta una respuesta indignada que decía así:

“Querido rey Clodoveo,
pidiéndome cosas raras no sigas.
Todo indica que estás loco.
Que tu doctor te recete medicinas”.

Pero Artemio se olvidó de nuevo del texto y cuando llegó a la corte de Clodoveo, dijo:

“Querido rey Clodoveo,
Ayer me dolía mucho la barriga.
Y, como apetito tenía poco,
cené trece tostadas con sardinas”.

Clodoveo creyó que esa era la contestación de Leopoldo a la petición de mano y también quedó convencido de que el pobre rey vecino estaba fatal de la chorla y no tenía cura. Mejor anular la petición de mano.

Y así siguieron las cosas. Hasta que un día...

Un día el rey Leopoldo le pidió prestado al rey Clodoveo algunos soldados. Quería organizar un desfile vistoso. ¡Qué mejor que los soldados de Clodoveo, que tenían uniformes tan bonitos! Entonces mandó con Artemio un pergamino que decía:

“Vecino y sabio rey,
Que me envíes seis legiones,
Si no es molestia te pido.
Tengo un desfile el lunes
Y quiero que salga divino”.

Pero Artemio, en el colmo del olvido y la ignorancia, leyó:

“Vecino y calvo rey,
Mándame seis ratones
para el cumpleaños de mi primo.
Y mejor que sean marrones,
aunque me importa un pepino”.

¡Todo mal! Cuando Leopoldo, en vez de soldados, recibió una linda caja con moño y, en su interior, seis roedores marrones perfumados, la paciencia se le terminó de golpe.

—¡Basta! —gritó el rey - ¡Clodoveo me está tomando el pelo! ¡No lo soporto!
¡Si no le hago la guerra ya mismo, el mundo entero se va a reír de mí!

Y sin pensarlo dos veces mandó alistar sus ejércitos para marchar sobre el reino de Clodoveo. Pero antes, como era costumbre, le mandó una declaración de guerra:

“Yo te aviso, Clodoveo
que me esperes bien armado
pues voy a hacerte la guerra
por insolente y chiflado”.

Artemio se lanzó a través de montañas y llanuras llevando bajo el brazo el importante manuscrito. Tanto y tanto tiempo anduvo que, cuando llegó a la corte de Clodoveo, lo que recordaba se había convertido en cualquier cosa:

“Mi querido Clodoveo,
espérame bien peinado,
pues visitaré tu bella tierra
en cuanto empiece el verano”.

Clodoveo se llevó una alegría.

—¡Leopoldo va a venir a visitarnos! Seguramente quiere arreglar el casamiento de Leopoldina con mi hijo. Vamos a prepararle una recepción digna de un rey. Y ordenó a sus ministros que organizaran la bienvenida.

Mientras en el país del rey Leopoldo los ejércitos se armaban hasta los dientes, en la corte del rey Clodoveo todo era preparativo de fiesta. Leopoldo amontonaba pólvora y cañones de acero valyrio mientras Clodoveo contrataba músicos y compraba hermosas telas para las cortinas de palacio. Leopoldo preparaba estrategias para la guerra y los cocineros de Clodoveo planeaban menús exquisitos. En un lado fabricaban escudos y lanzas de dos puntas. En el otro adornaban los caminos con guirnaldas de flores y banderines.

Por fin llegó el día.

Las tropas de Leopoldo avanzaron hacia el reino de Clodoveo haciendo

sonar clarines y tambores de combate mientras la corte de Clodoveo salía del castillo con vestidos de terciopelo, con bufones, bailarines y acróbatas.

Se encontraron a mitad de camino. Unos formados para la batalla y cargando las catapultas, otros cantando himnos que decían "Bienvenido rey Leopoldo" y encendiendo fuegos artificiales.

Los dos reyes, frente a frente, se miraron. Uno con cara de guerra y otro con una sonrisa en los labios.

Artemio se encontró entre los dos, justo en medio. Estaba quieto, muy quieto. Miraba a Leopoldo y miraba a Clodoveo. Se rascó la cabeza y, para sorpresa de todos los presentes, sacó del bolsillo un pergamino donde la noche anterior había dibujado cuatro garabatos. Tomó aire y gritó con toda la fuerza de sus pulmones:

¡Cúidense del que me ha entregado este pergamino!
¡El rey Rodrigo! ¡Cuando saca la espada, no deja ni uno vivo!
¡Rodrigo, rey malvado, despeinado y sin amigos!
¡Rodrigo, rey rencoroso, apestoso y saborío!

Los dos reyes, asustados por la nueva amenaza extranjera, preguntaron —
¿Rodrigo? ¿Y quién es el rey Rodrigo? —.

¡El que les morderá el ombligo! ... gritó Artemio, y salió corriendo hacia el norte, veloz como una culebra enjabonada.

Clodoveo y Leopoldo se quedaron pensando. Nunca habían oído hablar del rey Rodrigo, pero parecía un enemigo de cuidado. Así siguieron. Y todavía están allí, tratando de averiguar quién es el famoso Rodrigo.

Mientras tanto Artemio sigue corriendo, que para eso estaba bien entrenado. Ya se olvidó de por qué corre y, al no poder leer ningún mapa ni las señales que encuentra, tampoco sabe adónde va. Quizás está buscando una biblioteca donde escuchar unos bonitos cuentacuentos, a ver si le entra el gusanillo de aprender a leer de una vez por todas.

FIN



DIRECCION
APELLIDOS
NOMBRE

EL MENSAJERO DE LOS REYES



CUENTA
CUENTOS
7 VIERNES DE



Ayuntamiento de Benacazón

